CONCHA ZARDOYA

El CORAZON Y LA SOMBRA

(Premio Fémina de Poesía 1975)

INSULA - MADRID 1977

CON *El corazón y la sombra* el quehacer poético de Concha Zardoya suma ya quince obras publicadas. Cuarenta años de ininterrumpida creación, iniciada en la Guerra Civil española que, al afectarla trágicamente, contribuyó de un modo decisivo a su despertar poético. *Hora de España* publicó en 1938 dos de sus primeros poemas y Adonais su primer libro —*Pájaros del Nuevo Mundo*— en 1946 y, en 1947, concedió un accésit de su Premio a *Dominio del llanto.* La Colección Ifach de Poesía (Alicante) premió también con un accésit su libro *Los signos* (1954). En 1955 obtuvo el Premio Boscán con su obra *Debajo de la luz,* que apareció en 1959. *El corazón y la sombra* ha merecido el Premio Fémina 1975.

Concha Zardoya ha procurado no repetirse a sí misma, a pesar de seguir siendo la que ha sido siempre. Cada libro suyo tiene una temática precisa, en la cual cada poema cumple una función decisiva dentro de la estructura general, pues ha sido concebido pensando en la totalidad de la obra, en esa convergencia hacia una coherente significación última. Sus libros no son colecciones de poemas varios, sino que cada uno desarrolla un tema, sostiene una filosofía y derrama un sentimiento. Lo más evidente en ellos es este *sentido unitario.*

Los temas centrales de su obra, sumariamente, serían éstos: la muerte —que la despertó a la poesía en 1936—, el amor (empatía y piedad) en todas sus formas, la conciencia de un destino trágico, España —en presencia y lejanía—, el sueño (como recuerdo, salvación y refugio), la luz (como aspiración suprema del hombre), la temporalidad destructora y poética...

En su trayectoria lírica, *Pájaros del Nuevo Mundo* ocultaba, debajo del símbolo de las aves, el anhelo de libertad sentido por Concha Zardoya en los años de la rigurosa posguerra. Esta tragedia humana fue corroborada abiertamente en *Dominio del llanto* y, para salvarse de él, Concha Zardoya volvió sus ojos a *La hermosura sencilla* (1953): a las cosas, a los animales, a los bosques, a las almas. Pero el mundo estaba lleno de signos misteriosos y profundos: así surgieron *Los signos* (1954). El dolor y gozo de crear se entretejen en *Mirar al cielo es tu condena* (1957). La soledad del destierro inspira *La casa deshabitada* (1959). Las *Elegías* (1961) a familiares,

EL CORAZON Y LA SOMBRA

CONCHA ZARDOYA

EL CORAZON Y LA SOMBRA

(Premio Fémina de Poesía 1975)

INSULA - MADRID 1977

IMPRESO EN ESPAÑA

Copyright CONCHA ZARDOYA - INSULA

Depósito legal: M. 36.262.—1977 ISBN: 84-7185-102-4

ARTES GRÁFICAS BENZAL - Virtudes, 7 - MADRID-3

INTRAHISTORIA

Los primeros poemas de este libro nacieron en 1972 con el título de «Diálogos con mi sombra». En 1973 la obra inicial creció hasta formar un conjunto de cuarenta y siete poemas, agrupados en cuatro partes y bajo el presente nombre de «El corazón y la sombra». Cuatro nuevos poemas vinieron a añadirse y el libro necesitó reordenar su estructura en cinco partes. En esta forma obtuvo el *Premio Fémina de Poesía 1975,* llevando el lema machadiano de «Unas pocas palabras verdaderas». Pero el caudal lírico continuó fluyendo hasta remansarse, en 1977, en la estructura actual —acaso última y definitiva—, constituida por seis partes y sesenta y dos poemas. La sección titulada «La sombra sucesiva» es de creación muy reciente.

Una sostenida unidad enlaza los diversos elementos de la estructura. En versos métricos y blancos —es decir, sin rima, con la excepción de unas pocas asonancias—, la obra aspira a ser una especie de comunión —comunicación, absorción y entrega— metafísico-existencial. Es un diálogo —monodiálogo— del «yo» vital y anímico —«*el corazón*»— con su intimidad y con su angustia, con «*la sombra*», con el misterio que trasciende de toda realidad. Es la búsqueda interior que aspira a la verdad y a la luz. El poema-prólogo apunta los múltiples sentidos de esa «*sombra*» que rodea al hom-

bre y a todo lo creado, por encima de cifras y medidas, por debajo y más allá de los datos concretos conocidos por la ciencia. La queja humana ante la injusticia de todo signo —de la sociedad, del tiempo destructor y de la muerte— se refrena estoicamente en estos poemas de hoy, pero también de ayer y de siempre.

¿QUE ES LA SOMBRA?

¿QUE es la sombra? —preguntas y me miras
con ceño imperativo que me exige
una clara respuesta, no evasiones,
no furtivos rodeos engañosos.

Multiforme su símbolo convoca
sentidos numerosos que trascienden
del hondo manantial originario
y apuntan a distancias interiores.

Hay días que florece en la conciencia,
pues nos duelen las hambres, las derrotas,
los huérfanos y enfermos, la tristeza
que anida en una boca inexpresiva.

Y crece en el dolor que no se enuncia,
en la nostalgia acerba del que ha huido
a otra nueva patria no soñada.
Se prende, disfrazada, al árbol viejo.

Y culpables, con ella, nos sentimos
en todas las ciudades de la angustia
que horada el corazón, aunque disfrace
la amargura de todos con la dicha.

Clavada en lo más alto, desmorona
fuertes muros de piedra sin almenas,

valientes pechos nobles sin escudo.
Derriba cuanto sabe generoso.

Combate con la luz y la alegría,
encubre sus tesoros con azares
o máscaras o rostros que enmudecen:
crespones los soslayan, vestiduras.

¿Qué es la sombra? —preguntas, olvidando
que pende de tus rejas como hiedra
que arrancar no he sabido todavía.
Gesticula, visible, en los rincones.

Y la última casa la retiene
como un bien forastero que propicia
el sereno dormir donde las cosas
más oscuras y antiguas se revelan.

Me respondo a mí misma, al responderte.
Y sigo caminando, viendo sombras
en larga procesión, en ágil círculo,
siguiéndome, vivientes, sobrevivas.

I

EL CORAZON Y LA SOMBRA

EL CORAZON Y LA SOMBRA

DIALOGAS con tu sombra al ir viviendo...
Respiras, invisible, un aire íntimo
que transviene y transpasa lo que sientes.
Sin boca, sin oídos, sin palabras.

Sin tregua el preguntar, el resignarse
a que la sombra sea sólo eso:
impenetrable espacio de lo oscuro,
vacía red sin forma del misterio.

Quisieras ver más claro lo que tocas,
entender el contorno, la corteza
de toda realidad y lo que dentro
anochece incesante sin salvarse.

Con timidez la sombra desocupa
el camino que rozas con tu paso
y te espera más lejos, silenciosa:
al acercarte tú, crecer parece.

Ajustada a tu vida, te precede
o sigue cuanto haces: no te acosa
ni sabe responder a tus preguntas.
A veces, se te pierde en un recodo.

Tu sombra es imagen de la sombra
que colma cada ser y no se entrega

aunque quieran tus ojos absorberla
en luz de claridad y sin disfraces.

Se envuelve con su manto, quizás ala,
sin apartarse nunca de tu sangre.
Se contiene a sí misma y persevera
en ser espejo tuyo sin mudanza.

En la sala vacía de la nada
otras sombras esperan a tu sombra.
¿Implorantes? ¿Cautivas del silencio?
En círculo cerradas: esperando.

HERENCIAS

Para Edwin Honig.

I

¿HEREDASTE la sangre de tus hábitos,
la costumbre de ser, de ser quien eres?
¿Inédita naciste o fuiste haciendo
lo que eres hoy, final y ya sin cambio?

Si levantas la mano, ¿es el gesto
que hacía ¡ay! tu madre algunas veces,
o el aire de tu padre —digo, mío—
levanta vigor nuevo en este acto?

Tengo sueños, tristezas, que alguien crea
—sin yo saberlo— dentro de mis ojos,
en la última arena del recuerdo.
¿Antepasados míos los soñaron?

¿O ya muertos poetas hoy me dictan
los versos que perdieron distraídos?

II

HEREDASTES un nombre. ¿Lo mereces?
Te alegra su humildad, raíz oscura
que sabes en Vasconia y en Navarra,
tierras viejas con aire milenario.

(La diligencia aquella del abuelo
hoy la veo rodando a Tarazona,
desde un pasado azul que hoy imagino.
Me saluda una mano desde dentro...

Y cántabros pastores me convidan
a beber pura leche de una infancia
no vivida, ni vista, ni soñada:
su blancura rebrilla por el labio...)

Aireando de nuevo las raíces,
¿quizá soy yo la rama que alimenta
la flor y el nuevo fruto de mi sangre?

¿Los nombres heredados se trasfunden
al vivir de estos versos y renacen
a una vida no nueva ni más alta?

ACTOS SENCILLOS

AL pasado del mundo van ligados
estos actos sencillos: con tus manos
desgranas vegetales melodiosos,
o la hogaza de pan rebanas lenta,
y enciendes los carbones sin quemarte.

Idénticas labores tan humanas
otras mujeres hacen con dulzura,
y doran en el fuego crepitantes
tubérculos y hierbas que alimentan,
los propicios aceites soleados.

Historia femenina inacabable,
que viene del ayer y va al mañana.
Intacto y laborioso, no termina
el círculo que queda y se transmite.
Los más viejos dolores se mitigan.

Ola quieta, la mesa permanece:
sincera en su quietud, es el testigo
de cenas familiares, sin secreto.
Las manos de mi abuela con las mías
extienden el mantel de tornavida.

Otras manos, por mí, aunque sin nombre,
despliegan la blancura de un paisaje

de lino iluminado por la lámpara:
levantan dulcemente vasos rojos,
como brezos maduros, en la noche.

Al pasado del mundo van unidas:
aprendiste faenas hace siglos
que vuelves a olvidar sin tú saberlo:
te parece que inventas cada día
estos actos sencillos de tu estirpe.

LA LANZADERA

INSISTEN las acciones, se repiten
—como en viejo reloj las horas vivas—
en los ojos, los dedos, las pisadas:
es retorno vital que nos conforma.

Es difícil crear un acto nuevo
cuando has vivido mucho o trabajado,
cuando existir activo tú respiras
desde el alba a la noche cada día.

Entretejido hacer —no hay que nombrarlo—
unifica la vida a cada instante:
las fibras del vivir la lanzadera
entrama, silenciosa, sin ser vista.

Y la sencilla estofa de quehaceres
en su malla entreteje vida y muerte.

MAS ALTO FLORECER

Para Vicente Aleixandre.

DESDOBLAS las ideas: sus niveles
se pliegan o despliegan cada día,
retroceden, avanzan, a su centro
retornan, derrotadas, sin salida.

Mas no son un papel ni son materia
que pueda aniquilar una sonrisa:
internos sentimientos que trabajan
por alta lucidez y sobrevida.

Las veo matinales o nocturnas,
vagar o reposar: tal vez suplican
más alto florecer o enraizarse
en todo el corazón, plantar semillas.

Las quieres desdoblar y ya no puedes
desclavarlas de ti pues son tu vida.

DOBLE SIMBOLO

HAS nacido mujer... Y te preguntas
si es humillación el aceptarte
con todo lo que fueron tus abuelas,
con todo lo que fuiste y fue tu madre,
con lo que tú eres hoy, un ser que busca
los posibles sentidos de la vida,
del amor, de la muerte y la tristeza,
la profunda raíz de la esperanza.

Si es orgullo la cifra de tu canto
o tan sólo piedad tus elegías.
Si es humilde ese signo que te inventas
al sumergirte viva en el silencio,
porque sabes que todos menosprecian
la voz de la mujer o se sonríen
si su palabra apunta hacia lo alto
o penetrar procura las tinieblas.

El dedal o la pluma —doble símbolo—
no sirven de defensa ni tampoco
desafían ni alcanzan la victoria.
Amorosos, humildes instrumentos,
consuelan tu vivir o con su llanto
lavan la piedra gris de muchos sueños.
Escribir y coser ¿no son lo mismo?
Hilo y tinta devánanse viviendo.

Maduras poco a poco... Te comprende
la vieja tierra, madre aún visible.
Tus frutos interiores se recogen
en mínimas acciones y en tus versos
que la lluvia disuelve cada día.
Angustiados o dóciles, confunden
grandeza y humildad, dolor y muerte.
Trabajan para el árbol de mañana.

EL HILO CON QUE BORDAS

EL hilo con que bordas se prolonga
a lejanas labores de otros días,
rescatando cenefas que perdieron
sus brillos: vivifica desvaídos
recamos, orlas pálidas y tristes.

Entrelaza tu aguja sin saberlo
tardes dulces y noches soñolientas
del hoy incierto, grave, que pregunta,
con miseria de ayer, gran territorio
sin árbol, sin arrimo, desolado.

En el mismo tejido se revela
el continuo vivir que no entrecorta
ni el júbilo ni el llanto: fresca lana
recose lo olvidado a tu presente,
fresca seda despierta los recuerdos.

Y el hilo más allá va de ti misma
y enlaza tus puntadas a otras telas
cosidas por tu madre tantos años.
¿Aquel aire esfumado se perdía?
¿Tu suspiro, su pena, se salvaban?

En el fondo del tiempo reverdecen
ojos, manos, figuras, terciopelos
—larga vida—, follajes ya no oscuros...
Borda el hilo sensible lo que olvidas,
al pasar por tus dedos tu memoria.

LAS PUERTAS DE TU VIDA

I

PUERTAS y puertas abres... No quisieras,
al abrirlas con miedo o con cuidado,
simple curiosidad, quizá frontera
de un sueño no soñado todavía,
cerrarlas nunca.

No quisieras dejar entre sus muros
los años de tu infancia prisioneros,
detener su fluir y encarcelarlo
entre suelos y techos con cerrojos
de vana fiebre.

No quisieras que el juvenil amor
agotara su sed entre paredes
o secara su cuerpo casi abstracto
en esa geometría de la sombra.
Tú no quisieras...

No quisieras cerrar al alma excéntrica
su múltiple crecer, su edad madura,
larvando sus afanes de esperanza,
su búsqueda de luz, en ese nicho
de la penumbra.

II

NO quisieras que el polvo sepultara
esas vivas latencias interiores
del ser que aún rechaza, obstinado,
la ceniza del tiempo, su tributo.
Y así, tenaz, lo avientas.

No quisieras cerrar ninguna puerta...
Feliz o no feliz, así tu vida
dilapidarla quieres por el mundo,
sobrepasando límites o marcos,
los goznes de las horas.

Mas la última puerta, di, ¿la abres?
¿No quieres traspasar el umbral póstumo?
¿Te niegas al descanso? ¿Multiplicas
soledades, trabajos, antagónicas,
tristes sabidurías?

¿Ni abrirla ni cerrarla está en tu mano?
¿Guillotina el reloj deseos, raptos?
¿Quisieras retirarte, regresando
a la puerta anterior y traspasarla,
remontando tu vida a sus orígenes?

TRISTE MATEMATICA

Para Emilio Gómez Nadal.

TE pones a contar las idas fechas...
Muchos dedos te faltan en la suma,
te sobran en la resta que desciende.
Es triste matemática la vida.

En la cifra total hay huecos ceros
que no puedes llenar por sus ausencias:
misteriosos, fatales, nos afirman
o niegan con cautela tu respiro.

¿Qué número azulado inventarías
para cubrir alveólos vacíos?
¿Qué día o qué noche, señalando
el minuto final del cierto cruce?

Ayer y hoy, girando, futurizan
tu vivir ya contado por la Muerte.

A VECES, COMO NUBE, LA CABEZA

A VECES, como nube, la cabeza
trasvaga —sin soñar— en ese cielo
malva-azul o verdoso que se evade
lentamente a su reino.

Alejándose va... La melodía
de los últimos pájaros se enreda
en los grises cabellos que deshojan
los picos de la sierras.

El paso de tu sombra suena lejos...
Avanza por lo oscuro hacia la noche
que espera tu llegar sin rostro alguno,
sin color o sin nombre.

Al fundirse las sombras en un pasmo
de negros absolutos —mientras crujen
las estrellas clavadas en sus goznes—,
lo que miras con sueños se confunde.

TU SOMBRA NO LA VEN LOS QUE TE MIRAN

TU sombra no la ven los que te miran
con ojos planos, fríos o ligeros.

(Corazón extendido como un ala
sobre el risco bravío, zambulléndose
en el claro horizonte del verano,
sobrenadando aún cual la gaviota.

O musgo de la cueva que se ignora,
en la línea del mar o de los montes,
en su muerte pequeña tras la niebla,
en la pobre alegría de estar viva.)

Tu sombra que se pliega o se adelgaza
hasta ser el recuerdo de tu paso.

MIS AÑOS, COMO HIJOS

TODOS aquí, mis años ya vividos,
en torno como hijos, me acompañan,
alzándose hasta mí desde la sombra,
irguiéndose a más luz desde el pasado.

Se han sentado a mis pies. Y soy abuela,
más que madre, tan viejas ya mis sienes
por las penas y sueños incumplidos.
Se han sentado a mis pies y me contemplan.

Empiezo a recordar... Y los conozco...
Uno a uno, revivo lo que fueron.
Las fronteras se borran de los días
y ellos son lo que fui y soy ahora.

(Aquel beso de amor está brillando
en mis labios aún como una estrella...
Reluce la retama en nuestros ojos...
El aire de la sierra es melodía...)

Sin años, otra vez, mi vida joven.
Sin hijos, sin recuerdos, renacida
a un pasado sin fin que es ya presente:
no acaba lo vivido su trasueño.

HAS SUBIDO A UNA CIMA

HAS subido a una cima donde miras
hondos valles, laderas, cauces largos
que han perdido su aguas hace tiempo,
las fuentes del dolor que ya no existe.

Has subido a una cima. Allí contemplas
el vivir hacia atrás de nuestras vidas,
los remansos de amor que nos salvaban
en los días aciagos de la pena.

Has subido a una cima... Quedan otras
más altas por subir. Más hermosura
a tus ojos aguarda, nuevos cielos
te sueñas dulcemente al evocarlos.

Has subido a una cima... El horizonte
te abraza con su luz. Lo lejos, cerca.
Mi corazón, aquí, se ve a tu lado:
en las almenas altas de sus cimas.

EL RETRATO

HE mirado el retrato... No te veo
en tu aquí —que es mi allí ¡ay! tan distante—
sino en otro jardín ayer vivido
en una misma hora inolvidable.

No en tu ahora de hoy te ven mis ojos
—arbustos, flores, sombra, viejos árboles—
sino en la antigua luz inconsumida
de aquel verano lento que tú sabes.

Inacabado aún, se sobrevive
en ti y en mí, actual, sin apagarse
en esta cartulina su recuerdo.

He mirado el retrato... Tras el aire,
pasados y presentes se disuelven.
Y reina tu vivir en esta tarde.

LOS FRUTOS

LAS aguas de los bosques matan árboles
y cementerio son de aquellas frondas,
de los altivos troncos ya sin música:
anegan las raíces más remotas.

Las aguas de los años van mordiendo
esas hondas raíces de tu vida:
sumergiéndose van las ramas altas,
la corteza del tronco y su ceniza.

De los fondos oscuros de los tiempos
emergen, sin embargo, relucientes
nombres claros —los frutos—, fabulosos:
exhuman esperanzas, niegan muerte.

EN EL POZO DEL TIEMPO

EN el pozo del tiempo vas echando
los versos que has escrito para nadie
desde el largo silencio del destierro.

¿Van cayendo a la tierra, deshojados?
¿En el árbol anidan del otoño?
¿Una a una se pudren sus raíces?

No los puedes contar... Ya son el limo
de la hierba sencilla de mañana.
En la hondura del pozo brilla un cielo.

VIDA Y MUERTE

¿VIDA y muerte dependen de ti misma?
¿Los códigos del tiempo te las dictan?

¿La diosa de alas negras va marcando
el ritmo —inadvertido— de tus pasos?

¿Copa o lanza de Némesis te espera?
¿Un velo gris oculta su belleza?

A tu vida mortal ya sentenciada,
justiciero final te sueñas, alma.

SI VOLVIERAS A VER LO QUE SOÑASTE

SI volvieras a ver lo que soñaste,
en círculo o en serie interminable,
lo que vieron tus claros ojos íntimos,
la mirada interior que has olvidado,

encontrarías gentes o paisajes,
sensitivos objetos, formas dulces
tocadas por un aire de ternura,
o manos anudadas para siempre.

Y saludar tendrías o dar casa
a viejas muchedumbres de recuerdos,
en el desván sentarlas de tu vida,
en el sótano oscuro del pasado.

O crear escaleras que subiesen
a invividos futuros lentamente.

CANSANCIO

DESDOBLADA, no olvidas
las calles que paseas,
el aire que expiraste
al subir la montaña,
esa íntima estofa
de tus sueños más fieles.

El cansancio reseca
la piel de la alegría.
El cansancio te muerde
o pesa en lo profundo.
El cielo se oscurece:
va buscando su noche.

Te acuestas en la tierra...
Las antiguas acciones,
a tu lado, descansan.
Y, olvidada, tu sombra
queda inscrita en el polvo,
en austero silencio.

LAS ULTIMAS SOMBRAS

EL muro es un espejo
de sombras que no vimos:
de espaldas a la vida,
anuncian ya la muerte
al dibujarse pálidas
en esa cal sin mancha.

Absorben las distancias
de tus, de yos, indemnes,
el vuelo de los pájaros
huidos de sus ramas:
dialogan los perfiles,
sin voz que los revelen.

El muro se levanta,
sensible, y va historiando
el paso de los hombres,
visión purificada.
El sol revela huellas
de las últimas sombras.

UNIVERSO

The heart is our universe of suffering.

WALLACE FOWLIE

EL corazón que sufre
es todo el universo:
edades y semillas,
las hondas experiencias...

Todo el dolor es él,
las infinitas lágrimas
que disuelven el gozo
de estar vivo, soñando.

El universo vasto
—con sus cifras mortales—
se hace un pecho caliente,
dolorido, sangrando...

EL CORAZON ABIERTO

En vuestras manos pongo el mi coraçón abierto.

ARCIPRESTE DE HITA

EL corazón abierto va ofreciendo
a manos que le buscan cuanto tiene:
dolores, alegrías y ese gozo
de palpitar aún ennoblecido.

A los dedos se anilla como alianza
que el amor ha donado libremente.
Las palmas fraternales se coronan
de hiedras con raíces y hojas frescas.

A más vivir convoca en el otoño:
el íntimo sosiego ya florece,
madura dulcemente y son sus frutos
la gran serenidad de la premuerte.

COMO SI LOS MUERTOS MIOS

COMO si los muertos míos
aspiraran, en otoño,
a renacer en mi sangre
y regresar a la vida
que dejaron hace tiempo.

Como si los muertos míos
quisieran, sí, rebelarse
contra las sombras antiguas
que los cercan y soñaran
estallar en la luz última.

Como si los muertos míos
asomarse ya quisieran,
unánimes, a la vida
y en estas savias finales
de mi ser acrecentarse.

Porque en mí acaban ya
las generaciones mías.
Sillar humano soy yo
que no se repetirá
en el páramo del tiempo.

Como si un voto cumplieran
de piedad o de justicia,

velando sobre los hijos
que ya no tendrá mi carne
y ni acaso mi espíritu.

Los muertos míos, mis muertos
a luz vuelven en los versos
que me susurran sin voz,
en las leves cancioncillas
que balbucean mis labios.

Y sus hondas gravedades
maduran en las raíces
—todo el peso de mi vida
es el peso de mis muertos—
y, a la vez, en frescas alas.

En frescas alas —¡mi alma!—
de ardor y de juventud,
eternamente de fiesta,
en la total creación
de consciente transparencia.

II

LA SOMBRA RECORDADA

SOTANO

JUGABAMOS de niños en un sótano
en que había cajones y maderas,
cestas rotas y paja, muebles viejos,
utensilios sin uso, ropas tristes.

Hacíamos cabañas y castillos
—era fácil soñar lo que queríamos
y fácil bautizar con cualquier nombre—,
los fosos y los puentes, barbacanas.

Los malos y los buenos —¿quiénes eran?—
luchando por la torre sobre ruinas.
Los buenos y los malos... ¿En qué bando
estaba yo? ¿O estaba prisionera?

Se obstina la memoria en ser precisa,
sacando de su sombra lo que ha sido
hermosa realidad y clara vida...
Mas el sótano aquel estaba oscuro ...

Acumula su enigma: no despiertan
los niños y las niñas que ayer fuimos,
aunque oigamos las risas engañosas
de nuestras bocas puras. ¿Buenos? ¿Malos?

El sótano ha cerrado para siempre
su puerta, pues la llave de los juegos
en un doblez del tiempo se ha perdido.
En la torre, la sombra es su bandera.

JUEGO EN LA IGLESIA

RECUERDO aquella nave... Su ojivas
eran camino alto de mis ojos
que buscaban la torre y evadirse
de aquella oscuridad tan recogida.

Me gustaba soñar y no rezaba.
¿Acaso componía el primer verso
que nunca llegó a ser ni a modularse?
Aquella sombra buena me acogía.

Jugaba con los cirios y sus llamas
estrellas parecían al mirarlas,
en devenir, cansadas o llorosas.
¿Era de día, allí? ¿Era de noche?

Imágenes, retablos se animaban...
La historia de Jesús me conmovía.
¿Lloraba ya su muerte y su martirio
de redentor inútil para el hombre?

Las luces y las sombras en el templo
hallaban escenario para el ojo
atento de una niña que buscaba
engaño y realidad, mas sin saberlo.

BLACK-OUT

SE fugaron, de pronto, luces, llamas,
a un extraño confín aún sin nombre.
Las ventanas y puertas al vacío
se abrieron y a lo negro, temerosas.

Se volvieron las casas más profundas.
Y la noche, también, fue más cerrada.
El cielo, pavoroso, nos veía
entre nieblas, sin luna, desolado.

A tientas nos movíamos, cual ciegos
que aspiran a encontrar lo que han perdido
entre muebles y muros, sin oriente,
ignorando el camino de las sombras.

Con un temblor muy hondo nos palpábamos
para saber si aún estaban vivos
el pobre corazón, la mano yerta,
en tímido ademán, penoso y lento.

Las voces se apagaban, pues temían
equivocar los nombres, y más broncas
volvíanse las sílabas. Los gritos
sepultaban su angustia en cada pecho.

La oscuridad unía nuestras almas:
más allá de sí mismas, encontraban
un extraño lugar de calma tensa,
de vibración común, terrible y dulce.

(Noche en la guerra)

PANTHEON

GLORIOSA luz aquí, por dentro de la sombra.
Guirnaldas de laurel irradian vida eterna.
Los siglos configuran un alba sin contorno
que jamás se disuelve en estas galerías.

Cenotafios, columnas, estatuas, monumentos,
los grandes ciudadanos, los héroes de la Patria,
despiertos en la luz, filósofos, poetas,
aunque en la cripta reinen las sombras más profundas.

Enumerar los nombres, en largas arboledas,
leer en alta voz los nobles epitafios,
es fatigarse en vano, pues la palabra pierde
su voz, si reverencia con tanto ardor la fama.

La sombra en esta bóveda el hondo sueño vela
de todos los que fueron y todavía son
y aún serán por siempre, negando de la muerte
el duro imperio triste, la nada sin retorno.

Preclaras vidas lucen en las sombras de Francia.

SALZBERGWERK

AGUA dulce lavaba la salina
con piadoso fluir... La sombra densa
encubría el secreto de la mina.
Quisimos, como intrusos, descubrirlo.

Bajamos y bajamos a lo hondo...
En minúsculos trenes recorrimos
galerías profundas, laberintos,
pozos húmedos, túneles oscuros...

Un subterráneo lago —luces falsas—
cruzamos en silencio, navegando
el reino de la sal, frontera última.
Ansiamos la llegada a sus ribazos.

Un museo —salina maravilla—
nos mostró sus estatuas, puras formas:
objetos raros, ampos, rebrillaban
en la honda caverna, ya traslúcidos.

Salimos a la luz... Y comprendimos
el mensaje de dentro: sal y tierra,
el hombre-salinero con sus manos,
unidos por un río de agua dulce.

(Salinas de Berchtesgaden)

PRISIONES

ARRIBA está la luz, la cúpula del cielo,
los brillos del mosaico, la blancura del mármol.
Aquí, la piedra negra, el plomo gris y triste,
los pozos que naufragan en agua clandestina.

Encubren mil leyendas, mil historias de sangre
estas prisiones lóbregas que pisamos con miedo:
se humedecen los ojos, se humedecen las ropas
al rozar nuestros cuerpos el aire detenido.

Asedian la memoria los suplicios, las fugas,
los trágicos amores de tantos condenados...
La sombra encubre, densa, los nombres y las fechas.
Sentimos su llamada, los ausentes suspiros.

Si la mano tropieza con rejas y cerrojos,
un temblor la recorre, escapado del tiempo:
las oscuras presencias emergen de cautivos,
sin forma y sin color, desdibujadas, leves.

Aguardan la marea los nichos tenebrosos,
la pura sal que limpie antiguas injusticias,
la ennegrecida sangre de los sombríos cepos...
Suspira, compasiva, el alma, sin quedarse.

(Prisiones de Venecia)

GROTTA AZURRA

LA luz azul del agua combatía
con la sombra profunda de los fondos
tenaces, adheridos a la roca,
a la entraña calcárea de su centro.

Apenas rayo oblicuo de sol en la mañana
suavemente rozaba las aguas interiores
en caricia lentísima... Apenas reflejado,
apenas luminoso, coloración feérica,
penetraba la cóncava sombra lentamente.

Apenas accesible, el cielo se filtraba
apenas por su ojo de cíclope marino,
en la mañana, único, profundo, cavernoso...
En silencio, la barca apenas navegaba,
a ciegas casi, mínima, con un vaivén suavísimo...

Ni el alma ni los ojos comprendían
que fuera realidad o fuera sueño
aquel color sin nombre, indescifrable,
invasor de la sombra soterrada.

MICENAS

CRUZAMOS el dintel de lo profundo...
La luz quedaba atrás en las murallas
y ardiendo todavía en nuestros ojos.
Allí nos detuvimos sin ver nada.

Al fin la claridad fue madurando
en el reino interior de aquella tumba,
sin irrumpir, callada, suavemente.
Al fin nos vimos, graves, contemplando.

Las sombra se anillaba en la colmena,
circular, parabólica, envolviendo
nuestra ansiosa mirada que buscaba
la clave de la cima como en sueños.

Se unía con la luz que penetraba
con serena piedad en nuestro auxilio.
Y, poco a poco, fuimos iniciados
en el curvo perfil de cada piedra.

Velada luz, velada sombra: juntas.
Silenciosas, maternas, confundidas,
en la mortuoria cámara vacía.
que hollaban nuestros pies y nuestros ojos.

(Tumba de Agamenón)

III

BAGATELAS

INFINITOS PRESENTES

LOS presentes se alzan
a futuros eternos.

Los instantes ascienden
a infinitos presentes.

ALAS

TODO el cielo
por terraza.

Todo el aire
son mis alas.

ESCULTURA

LA lluvia, laboriosa, va esculpiendo
el rostro de los valles y montañas.
El viento huracanado es su ayudante.
El hombre mira en pasmo la escultura.

LA BELLEZA NO ES CRUEL

LA belleza no es cruel...

¿No ves la rosa,
compasiva en su luz,
consoladora?

DUDA

LO real, lo soñado,
se abrazan, se confunden.

Si de carne, de sueño,
se palpa un solo nombre.

Y, al tocarlo, la brisa
siente un cuerpo o su sombra.

DELICADO INSTRUMENTO

Para Anita y Byron McKeeby.

Y la duda, otra vez...

¿Embrión naciente?
¿Los labios del amor?
¿La caña dulce?
¿Humano vegetal
que va sonando?
¿La flauta de la sangre?
¿Plumón de pajarillo?
¿Crisálida despierta?

Para el ojo del alma,
interna melodía,
un sueño no soñado.

ESTUPOR

Our world in stupor lies.

W. H. AUDEN

EN estupor vivimos,
paralelos
al estupor del mundo
y sus secretos.

El corazón desduele
cuando él ama
los llantos y las nieves,
en estupor del alma.

UN AIRE PALIDO

NO tiene manos la muerte,
no tiene manos.

Sin brazos viene de lejos,
viene sin brazos.

Sin pies ni paso,
sin pies llegando.

Apenas aire:
un aire pálido.

UN GRAN VIENTO

OTRA ciudad el humo
dibuja sin saberlo.

Otro ser se levanta,
cada día, del sueño.

Renovadas, las formas
construyen mundos nuevos.

La ceniza y el polvo
se borran en silencio.

Los anula, pasando,
joven, puro, un gran viento.

«MEETING»

TRES españoles
sueñan... Se miran.
Yertas, las voces
de otros olvidan.

Lejos, España.
Cerca, la vida.
Lejos, mañana.
Cerca, suspiran.

¿QUE SIGNOS VES?

«*¿QUE signos ves* —preguntan ciegas voces—
en la piedra, en el árbol y en la nada?»

El corazón, sin labios, les responde:
«*Sólo tengo piedad dentro del alma.*»

¡CUAN PEQUEÑA, MI SOMBRA!

Para Antonio y Margit Alatorre.

¡CUAN pequeña, mi sombra,
casi azul, casi verde,
que saltando me sigues
como un can, dulcemente,
que a veces me adelantas
en caminos con nieve!

No quisiera pisarte
ni en un viaje perderte.
Eres hija y hermana,
quizá madre doliente,
en estas soledades
de ayer, de hoy, de siempre.

No te evadas, jugando,
en el aire más tenue,
en el sol, con los niños
que han querido tenerte.
No te evadas de noche,
ay, silenciosamente.

No te evadas ni busques
otra voz más alegre,
otro cuerpo más joven,
otra risa luciente.
¡Cuán pequeña en la sombra,
sombra mía, te pierdes!

CANCIONERILLO DE LA SOMBRA

1

NO tiene sombra la rosa,
no tiene sombra.

Vuela sin sombra la alondra,
vuela sin sombra.

2

EL corazón, dividido,
lava su pena en el río.

3

EL pasado sus heridas
ha enterrado en las orillas.

4

EL corazón sus inviernos
calienta dentro del pecho.

5

EL viejo bosque de robles
dormita bajo los soles.

6

¿ADONDE va la mirada?
¿Busca la luz o la rama?

7

¿EL corazón resplandece?
Quizá fluye dulcemente...

8

LA melodía del tiempo
se disuelve en el silencio.

9

EL corazón se despierta
y proclama vida nueva.

10

¿ES la palabra profunda?
¿Es el alba más desnuda?

11

ENTRE la luz y la sombra,
el vivir, la viva rosa.

12

NO tiene ojos el viento,
  no tiene ojos.
Pasa sin ver, fustigando
  el corazón, el reposo.

Sombra del viento sin ojos
se ha dormido bajo el chopo.

IV
TESTIMONIOS

EL AIRE

EL aire con su escudo nos protege
de esos letales rayos que nos cercan,
sabiamente disuelve las cenizas
de claros meteoros de diamante.

Con sus labores calma la agresiva
tensión de viejos astros belicosos.
Con sus prismas inventa los crepúsculos,
los extraños paisajes de la aurora.

Paternal, nos abriga de los fríos
que acosan seculares el espacio.
Nos hace un nido —casa— en esta tierra,
un posible jardín hospitalario.

Acuna nuestros sueños, sin saberlo
el alma misteriosa que lo canta.

EL RAYO

EL ramaje del rayo incandescente
—el instantáneo río sin orillas—,
al borrarse del cielo, desmorona
la montaña que amamos en la infancia.

Con su aérea descarga victoriosa
acomete a la tierra... ¿Su enemiga?
Con su eléctrico halcón desgarra sombras.
¿Vengador de los cielos y sus dioses?

¿Quién ordena ese vano sacrificio
de ovejas o de rocas, ciegamente?
¿La cólera ancestral del viejo caos?

El hombre prometeico haz de flechas,
imitándole, blande, luminoso,
y mata por matar, impunemente.

LA ESTRELLA, PRENATAL

LA estrella, prenatal, fue gas y polvo.
Ahora es luz estable que contemplo,
real y viva hoy en el espacio,
mas soñada parece, misteriosa.

Mañana morirá (pues todo muere
en el vasto universo poco a poco),
en instantáneo ardor como el relámpago,
volviéndose luz negra entre planetas.

¿Carbón, al fin, la luz que maravilla?
¿Dramática tristeza, su hermosura?
¿Total oscuridad es su futuro?

No se apartan los ojos de la estrella
por salvar esa luz que es un instante,
chispa fugaz a muerte condenada.

TORMENTA

CLAROS dedos se crispan... Todo el aire,
rasgado, se estremece... Luego, aplaude
el trueno en las distantes galerías.

En bolas o en zigzag, ahorquillados,
los eléctricos voltios sus tensiones
concitan tras las nubes, en saetas.

Los centros de la tierra van buscando,
remotísimo hondón que les disuelve
la cólera indomable que los mueve.

Erectas estructuras, torres altas,
encadenadas sierras de edificios,
no pueden oponerse, vigilantes.

Despierta de su sueño todo el viento
y huracanado ruge en torbellinos:
vertiginosos giran sus cien ojos.

Destruyen, asesinan, fertilizan
los cósmicos poderes que desata
el dios de la tormenta, victorioso.

Los hombres lo maldicen mas se rinden
en la batalla, inermes, y hasta algunos
devotas oraciones van rezando.

Desde aquel mirador de su conciencia
que no teme la vida ni la muerte,
atestigua el poeta lo que ha visto.

CIENCIA ULTIMA

POR los mapas del cielo voy viajando...
Desde mi mesa voy a las estrellas,
al curso de los astros, geometría
que entreteje su red maravillosa
en torno al pensamiento y la mirada.

Islas de luz, hermanas, se constelan
en gran familia cósmica que irradia
suprasensible amor para los ojos,
luminosos abrazos duraderos,
suprahumanos enlaces de ternura.

Es la Estrella Polar, pastor y guía,
centro del clan que anilla sus esferas
en fraterna amistad —la luz es sangre—,
en concéntricos círculos de asombro:
parece el alma, clara inteligencia.

La Osa Menor, el Aguila y el Lince,
el Escorpión, el Lobo y los Dos Peces,
los Canes y Leones fraternizan.
Hermanados, el Toro y la Paloma
con la Serpiente y Hércules se abrazan.

De estrella a estrella, firmes, constelados,
tienden lazos los rayos misteriosos.

Puentes de luz, imagen para el hombre:
negación de fronteras y de límites,
una Patria común nos es la tierra.

La lírica del cielo —con poemas
siderales, activos, heliocéntricos,
inmensos y lucientes, bien medidos
y en orden riguroso, concertados—
se llama Astronomía, ciencia última.

PLANETARIUM

MACROLENTES, sin magia, nos descubren
estelares espacios que no vemos,
la cenicienta cara de la luna,
los reinos de galaxias más distantes.

Vertiginosos llegan los cohetes
a un más allá que existe y que se mide
como un jardín o huerto de manzanos,
como un valle entre ríos y colinas.

El sueño se repliega más, más lejos,
a una nueva caverna cada día,
al hondísimo pozo de la sombra.
Se bate en retirada y con vergüenza.

Los cometas errantes se disparan
a un nuevo más allá, del hombre huyendo...
Ya no buscan la tierra y en la nada
aspiran sepultar su luz más pura.

LA TIERRA ES MAS PIADOSA QUE LOS HOMBRES

LA tierra es más piadosa que los hombres.
La belleza no es cruel: caritativa.
Lo jura una mujer que pasó hambre.

La rosa es pan del alma que alimenta,
su tristeza consuela y calma iras.
Hasta el niño sonríe al ver sus luces.

El sufrimiento es gris y la belleza
es blanca: mano límpida, regala
esa piedad —o pan— que muchos niegan.

LOS MUERTOS VIVOS

SE nos mueren los seres, aunque vivos.
Los vacían por dentro y cascarones
parecen a los ojos, sin la pulpa
del alma, sin mensaje. ¿Quién los mata?

Banales gestos, voces repetidas,
mecánico altavoz, ya sin conciencia
de lo que son o fueron, pobres títeres
que mueve la costumbre de la vida.

Y todas las palabras son la misma:
exacta boca múltiple pronuncia
los triviales vocablos vanidosos.

Suicidándose van ¡ay! lentamente
y nadie ve que mueren, conversando
con hálito vacío, cada día.

MOSEN MILLAN

SUPISTE la verdad, pues «confesabas»...
Tu ¿santo? ministerio fue el anzuelo
con que engañaste al pez de la inocencia,
y el secreto supiste, buen hipócrita.

Al hombre acristianado por tu mano
—que fue tu monaguillo y confidente—
llevaste al paredón del cementerio
al confesar aquello que sabías...

La extremaunción le diste aquella noche,
después de «confesarle» su pecado:
a «bien morir» quisistes ayudarle.

Su pregunta final, sangrando el pecho,
resuena en tu memoria todavía,
pidiendo tu respuesta, sacerdote.

VIETNAM

UN perro vale más que un niño huérfano.

Y quien le mata vive entre las ruinas,
en la ciudad vacía y requemada.

Un viejo sigue al can y, vacilando,
en el humo se pierde de una hoguera.

Humo solo... Y el polvo sobre el polvo...

V

LA SOMBRA SUCESIVA

LA SOMBRA TRANSPARECE

LA sombra transparece: se aposenta
entre el cuerpo y el alma... Espectralmente
parece convivir con el misterio.

¿Avanza? ¿Retrocede? ¿Dónde sueña
indagar o buscar o, traspasando
lo imposible e inútil, estar viva?

El corazón penetra, sin saberlo,
la frontera impalpable, cristal puro,
entre el cielo y la tierra, sangre y alma.

Se afirma una verdad insobornable:
esa altiva certeza que esperamos
imponerse fatal, cual luz soñada.

EL POR QUE

EL por qué de la muerte nos persigue...
¿Es la sombra su cuerpo? ¿Sólo imagen
de un confín oscurísimo que aterra?
Viscerales temores, como un cieno,
invaden las raíces de la duda.

Dolido, el desaliento, por la noche,
se hospeda en esa alcoba de los sueños
que apenas formulamos en el alba,
en la luz meridiana del verano.
Se hospeda, silencioso, en la conciencia.

La sombra, como un hueco que se agranda,
horada nuestro ser maduro y viejo:
se instala —como estatua— en esa hondura
que socava la vida y sus orígenes.
La sombra visceral, buscando tierra.

¿CAEMOS EN LO NEGRO?

Como un golpe de viento
Que deshace la sombra,
Caí en lo negro,
En el mundo insaciable.

LUIS CERNUDA

¿CAEMOS en lo negro? ¿O nos cae
la negrura fatal y poderosa,
destino inapelable que nos nace
y desnace —es su fin—, sin protegernos?

¿El caer? ¿El subir? ¿Acciones claras?
¿Mandatos de la vida o de la muerte?
¿No nos salva un buen Dios? ¿Quizá el Estado?
¿Caemos o subimos, sin saberlo?

Oscuros, luminosos —¿nos importa?—,
vivimos, trabajamos, nos dolemos...
¿De lo negro a lo negro? ¿De lo blanco
a lo más blanco aún, la luz más pura?
Se mueven vida y muerte, silenciosas.

Cayendo, levantando la esperanza,
de un extremo doliente a otro extremo,
en vértigo común, mas lento y solo.
¿Se deshará la sombra con la muerte?
¿En luz se tornará de sobrevida?

MIENTRAS HAYA PREGUNTAS

MIENTRAS haya preguntas —no respuestas—
el hombre existe, álzase a más vida,
conciencia que cuestiona la profunda,
improfanada niebla del abismo.

Ser hombre o ser mujer —o simple niña—
es preguntar en ansia por la sombra,
por cuanto cubre o calla, misteriosa,
incitando a la duda sin razones.

Ser hombre es preguntar y preguntarse
y, al inquirir, crear lo nunca exacto:
saber y más saber, mas no sabiendo.
Dolor y más dolor para estar vivo.

Dejar de preguntar es estar muerto.
Los que todo lo saben ya no viven:
son sepulcros vacíos, apagados.
El dogma los ampara, inexistente.

Las aguas de la sombra nunca matan,
pues nada el nadador a todo brazo
para salvar la vida que le angustia
y sentirla sufrir desde los tuétanos.

NO HABLABAS DE LA SOMBRA

«We talked death, and
this was life for us».

ANNE SEXTON

NO hablabas de la sombra.

La vida con la muerte confundías,
aguas de un mismo río alucinado.
Y empezaste a remar, sin darte cuenta
que Dios, en lo más alto, contemplaba
tu esforzado remar, sin detenerte.

No hablabas de la sombra.

En ti y desde ti buscando ibas
su negro manantial —la muerte viva—,
suicidando tus días y tus noches.
Río adentro, bogando, río arriba,
actriz de un drama tuyo sin teatro.

No hablabas de la sombra.

Remabas hacia Dios, remando ibas,
corazón esforzado, en soliloquio
de noches y mañanas solitarias.
Río arriba remando, río arriba,
sin confesar el odio ni el cansancio.

No hablabas de la sombra.

Doloroso y sincero, remontaba
tu bogar el gran río de aguas negras,
final frontera última de Dios
que te esperaba inmóvil, mudo siempre.
Río arriba remando, río arriba...

No hablabas de la sombra.

NO TE ABRIRE LA PUERTA

Para Luis Beltrán, porque me dijo
que presentiría mi muerte.

ME llamarás un día... No te abriré la puerta.
Tus golpes sonarán sin eco en mis oídos
ya sordos para siempre. Acaso tu voz grite
mi nombre muchas veces y golpeen tus puños,
justicieros y jóvenes, la madera impasible.
Mas tu furia creciente no alcanzará mi sueño.

Los muebles temblarán y no podrán hablarte.
Tampoco los retratos de los que amé por míos,
por nobles y ejemplares, o sin razón alguna,
dirán desde sus marcos la verdad de mi ausencia.
No empañará sus ojos el Caballero triste
ni sus labios sabrán ¡ay! decirte que he muerto.

Tú seguirás golpeando y gritando mi nombre...
Insalvable frontera se alzará entre nosotros,
aunque llegues a mí y me palpes la mano.
Te miraré sin verte... No te daré las gracias
por tu ansiedad de amigo... Se helará tu ternura
al tocarme los dedos en un fervor de vida.

Te miraré sin verte... Mis ojos apagados
contemplarán el hielo, la sombra de la nada,
ya fuera de los tiempos. Y tú sabrás entonces
que el silencio de Dios es mi mismo silencio:

ese poema último que entre los dos haremos
sin memoria del mundo, sin dolor, sin palabras.

Tú cerrarás la puerta que yo no pude abrirte...
Cual losa, cual un muro te sellará el recuerdo.
Te marcharás callado, con paso vacilante.
La casa, para siempre, sin mí, estará sola.
Todo lo mío, huérfano. Y yo, en la nada, huérfana,
perdida para mí, para ti, para todos.

VI

FINAL

«UNAS POCAS PALABRAS VERDADERAS»

Tal vez la mano en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

ANTONIO MACHADO

I

¿LA prosaica palabra que circula,
gastada por el uso y por el tiempo?
¿Acuñada moneda irrepetible
que atesora una boca solitaria?
¿Esa imagen nacida de los sueños
como súbita luz que nos deslumbra?
¿Felicidad reciente que convoca
su propio ser feliz, al ser nombrada?
¿Lenta ola de mar que nos inunda?
¿Movimiento o reposo al fin tangibles?
¿Del corazón la queja o la esperanza?
¿Historia la existencia como un cuento
muy viejo y repetido desde siempre?
¿La crónica del alma que se guarda
cual perfumado fruto en arca antigua?
¿La dávida fugaz de un dios benigno?
¿Resumen de evangelios heredados,
de lejana sofística? ¿Proverbio,
el aforismo exacto que nos guía?

¿Balbuceo interior que va atreviéndose
a formular su ser en claras sílabas?
¿Dictado del amor o de la muerte?

II

SUS verdades trasluce, justiciera.
Y el grito de la angustia se dispara
en hondo monosílabo que gime
—¡ay! del hombre asediado por las furias—.
Si dice «guerra», estallan los oídos.
Si dice «paz», serena la conciencia.
Si se eleva en «clamor», despierta el llanto.
«Eternidad» impone, si la afirma.
En círculos o líneas, la palabra
dibuja sus esferas, avenidas,
que todos reconocen como suyas
al pronunciar la voz sonidos vivos.
Es delgado dintorno de la rosa
—sencillísima, plena, transparente—,
del pájaro que canta, de la hierba:
de todo lo creado, fiel, es nombre.
Jamás suntuosa, nunca, nunca viste,
nunca envuelve al nombrar, pues lo que nombra,
desnuda, es ella misma, dentro y fuera.
De pronto, ágil, surge del vacío:
impone su existencia, modulada
o escrita por el viento en nuestra frente.

SILENCIO COMO SOMBRA

NO es el dulce silencio de la noche,
de algunos mediodías transparentes
que acaricia la luz con su tibieza.
No es la íntima dicha que callamos.
No es la paz que se sueña en el tumulto.

No es aquel que buscamos desde el ruido,
isla de aire sin viento, éter puro.
Ni el agua que la brisa no conmueve.
No es el vasto silencio de las ruinas.
Ni es el póstumo olvido de los muertos.

El silencio que invoco no sosiega:
las sombras lo frecuentan y lo invaden,
densifican su ser y lo encadenan
a otras sombras durables que aprisionan.
No es refugio la cólera sin culpa.

No socorren las aves, al mirarlas
pasar tan altas, libres, por el cielo.
Ni refugia el cansancio ni la huida.
Ni si la sangre canta, misteriosa,
al llegar el verano mansamente.

El silencio que invoco nos tortura,
prisión que nadie rompe ni levanta,

cadena cuyos goznes perdurables
ninguna mano suelta ni cercena.
Es tenebroso reino de injusticia.

Vivos nombres sepulta, obras vivas,
este negro silencio que se impone
como losa de tumba sobre aquellos
que han osado gritar o rebelarse,
al execrar la ciénaga sin fondo.

Borrados de la historia con silencio,
con silencio de sombra, cruz de muerte:
del libro de los vivos suprimidos.
¿De qué sirven los actos, si los celan?
¿De qué sirve la voz, si la amordazan?

El silencio que invoco con su nombre
cancela lo que hicimos, lo que hacemos.
Los pobres pensamientos o palabras
son pasto de lo oscuro y del olvido,
o vagan, extrañados, en desierto.

¿A quién os quejaréis, si este silencio
corroe y va agrietando la existencia?
¿A quién os quejaréis, si sólo sombra
sóis de nombres borrados en secreto?
¿Y quién podrá creer en vuestras vidas?

Con las señas perdidas, ¿qué retrato
podrá representaros como vivos?
¿Devolverán imágenes espejos
sin azogue, cubiertos por la sombra?
¿A quién identifica el documento?

El silencio ha borrado los papeles,
la identidad, el nombre y esas obras
que, huérfanas, se pierden por el mundo.
La sombra, densa, teje más olvido
al borrar, con silencio, toda fecha.

INDICE

INTRAHISTORIA ... ... *Pág.* 7

¿Qué es la sombra? 9

I. EL CORAZÓN Y LA SOMBRA 11

El corazón y la sombra 13
Herencias 15
Actos sencillos 17
La lanzadera 19
Más alto florecer 20
Doble símbolo 21
El hilo con que bordas 23
Las puertas de tu vida 24
Triste matemática 26
A veces, como nube, la cabeza 27
Tu sombra no la ven los que te miran 28
Mis años, como hijos 29
Has subido a una cima 30
El retrato 31
Los frutos 32
En el pozo del tiempo 33
Vida y muerte 34
Si volvieras a ver lo que soñaste 35
Cansancio 36

Las últimas sombras ... 37
Universo ... 38
El corazón abierto ... 39
Como si los muertos míos ... 40

II. La sombra recordada ... 43

Sótano ... 45
Juego en la Iglesia ... 46
Black-out ... 47
Pantheon ... 49
Salzbergwerk ... 50
Prisiones ... 51
Grotta Azurra ... 52
Micenas ... 53

III. Bagatelas ... 55

Infinitos presentes ... 57
Alas ... 58
Escultura ... 59
La belleza no es cruel ... 60
Duda ... 61
Delicado instrumento ... 62
Estupor ... 63
Un aire pálido ... 64
Un gran viento ... 65
«Meeting» ... 66
¿Qué signos ves? ... 67
¡Cuán pequeña, mi sombra! ... 68
Cancionerillo de la sombra ... 69

IV. Testimonios ... 73

El aire ... 75
El rayo ... 76
La estrella, prenatal ... 77
Tormenta ... 78

Ciencia última 79
Planetarium 81
La tierra es más piadosa que los hombres 82
Los muertos vivos 83
Mosen Millan 84
Vietnam 85

V. La sombra sucesiva 87

La sombra transparece 89
El por qué 90
¿Caemos en lo negro? 91
Mientras haya preguntas 92
No hablabas de la sombra 93
No te abriré la puerta 95

VI. Final 97

«Unas pocas palabras verdaderas» 99
Silencio como sombra 101

OBRAS DE CONCHA ZARDOYA

POESÍA:

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, Adonais, 1946.

Dominio del llanto (Accésit del Premio Adonais, 1947). Madrid, Adonais, 1947.

La hermosura sencilla. Madrid-Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos (Accésit del Premio Ifach, 1952). Alicante, Colección Ifach, 1954.

El desterrado ensueño. Madrid-Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Angel). Madrid, Insula, 1957.

La casa deshabitada. Madrid, Insula, 1959.

Debajo de la luz (Premio Boscán, 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos, 1959.

Elegías. Caracas, Lírica Hispana, 1961.

Corral de vivos y muertos (Poemas para españoles). Buenos Aires, Losada, 1965.

Donde el tiempo resbala: Romancero de Bélgica. Montevideo, Cuadernos de Julio Herrera y Reissig, 1966.

Hondo Sur. Barcelona, El Bardo, 1968.

Los engaños de Tremont. Madrid, Colección Agora, Alfaguara, 1971.

Las hiedras del tiempo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.

El corazón y la sombra (Premio Fémina de Poesía, 1975). Madrid, Insula, 1977.

CUENTOS (con el seudónimo «Concha de Salamanca»):

Cuentos del Antiguo Nilo: Las dos Tierras de Hapi. Madrid, Aguilar, 1944.

Historias y leyendas españolas. 6 vols. Madrid, Aguilar (1942-1946).

Historias y leyendas de Ultramar. 6 vols. Madrid, Aguilar (1942-1946).

BIOGRAFÍA, CRÍTICA E HISTORIA LITERARIA:

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Historia de la literatura norteamericana (1607-1950). Con la colaboración de Carmen Iglesias. Barcelona, Labor, 1956.

Poesía española contemporánea. Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1961.

Verdad, belleza y expresión (Letras anglo-americanas). Barcelona-Buenos Aires, E. D. H. A. S. A., 1967.

Poesía española del 98 y del 27. Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Editorial Gredos, 1968.

Poesía española del siglo XX. 4 vols. Madrid, Editorial Gredos, 1974.

EDICIONES CON PRÓLOGO, COMENTARIOS Y NOTAS:

Gil Vicente: *Teatro y poesía.* Madrid, Aguilar, 1946.

Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana.* Madrid, Aguilar, 1946.

TRADUCCIONES:

Walt Whitman: *Cantando a la primavera* (con un prólogo). Madrid, Adonais, 1945.

Walt Whitman: *Obras escogidas* (ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía). Madrid, Aguilar, 1946.

Charles Morgan: *Imágenes en un espejo,* II. Barcelona, José Janés, 1949.

COLABORACIÓN EN OBRA COLECTIVA:

Diccionario del mundo clásico. 2 vols. Barcelona, Labor, 1954.

amigos y poetas recogen totalmente el tema de la muerte. *El desterrado ensueño* (1955) y *Corral de vivos y muertos* (1965) giran en torno a España, en evocaciones reales y sobrerreales, vívidas y añorantes. *Hondo Sur* (1968) poetiza experiencias recogidas en los Estados Unidos, el drama de sus negros, la melancolía de plantaciones y tierras sumergidas en el Mississippi. *Los engaños de Tremont* (1971) despliegan los equívocos poéticos de la realidad, del arte, de los sentimientos, de las ideas, en vasta irradiación de facetas y entrañada unidad.

¿Qué es la Poesía para Concha Zardoya? Es, para ella, indefinible porque es o puede ser *todo:* realidad, sueño, concepto filosófico, aspiración mística, ideario político, comunicación humana, comunicación cósmica, arrebato, melancolía, tristeza, júbilo, plenitud, insatisfacción, queja imprecatoria, serenidad, estado contemplativo, arma de combate... ¿Su propósito? El que contienen todas esas afirmaciones y sentimientos. Pero, sobre todo, prevalece el ansia de *comunicar* con todo lo que no es el poeta mismo: salir de sí, rebasar los propios límites, darse: amar generosamente. ¿Progreso? La Poesía no progresa. Sencillamente, es: desde siempre y para siempre. Absolutamente. Cambian los modos expresivos según las épocas, sí. Pero ella es o no es. Si es, se impone de un modo total, a la vez imperioso y humilde.

Concha Zardoya se considera una neorománticа, pero su neo-romanticismo está refrenado por un hondo estoicismo castellano —en lo filosófico-moral— y por una actitud de gran respeto ante la forma, en cuanto ésta se identifica con la esencia misma del poema. Sentido y expresión se depuran y se ahondan con el tiempo: a mayor sencillez, mayor profundidad. Por entenderlo así, estilísticamente, los primeros libros de Concha Zardoya muestran una gran riqueza de lenguaje metafórico; en los siguientes, ha tendido a una simplificación, a una concentración intensa del vocablo y de la imagen.

El corazón y la sombra es una obra de madurez meditativa y existencial, de imaginación y de experiencias salvadas de lo anodino por la sensibilidad y la palabra poética, humana, humanísima, pero también transfiguradora y trascendente.